

## HEBRÓN-2

### Padre Pedro José Ynaraja

Explicué que la primera vez que fui al lugar, lo hacía con emoción y era una visita desde hacía mucho tiempo deseada. Lo primero que constaté aquella vez, y las sucesivas, era la falta aparente de dos tipos de personas corrientes en el entorno de cualquier monumento occidental. No me ha parecido ver gente con interés histórico-arqueológico, japoneses y norteamericanos incluidos, ni tampoco otros que estaban con actitud emotiva o piadosa.

Trato de explicármelo a mí mismo, pensando que por parte musulmana existe un fundamental interés en no alterar el reposo de los muertos. En el ámbito a ellos asignado se ven personas en la actitud de oración que conocemos por otros sitios, casi exclusivamente varones, muy pocas mujeres hablando fraternalmente entre ellos. Aparentemente eran indiferentes a la singularidad del lugar. Lamento no tener fotografías digitales de estos y a las químicas debería someterlas a proceso de cambio y equilibrio de color, que ahora no puedo hacer. Pienso que tal vez es que sentí miedo y no me atrevía a sacarlas, las dos últimas veces que estuve.

La parte destinada a la comunidad judía es otra cosa. Hay que advertir que uno tiene la impresión de que se sienten los amos propietarios supremos y exclusivos del edificio. Abundan las estanterías y muebles para reposar o facilitar la lectura. Las diversas posturas que escoge cada uno, sin importarle quien les vea, nos sorprenden. Hay que tener en cuenta que para un hebreo, la oración no es una acción exclusivamente mental, o mental-vocal, como entre nosotros. Es una actividad que incorpora todo su ser, de aquí que se muevan, balanceen a derecha izquierda o rígido-inclinado, monótonamente, sin estar quietos, cosa que nos cuesta comprender y aceptar.

La separación mediante una reja estratégicamente puesta, permite la proximidad de cada comunidad al cenotafio de los patriarcas-matriarcas, pero sin poder mezclarse. Se puso para impedir actos de terrorismo, como no hace muchos años ocurrió. Por supuesto que no se paga entrada.

Ya dije que nosotros los cristianos, nos movemos con total impunidad e indiferencia. Confieso que yo personalmente, me intereso más por los detalles que observo, dejando la acción de gracias a Dios, para momentos posteriores. La distancia que separa Hebrón de mi domicilio y mi querida iglesita donde rezo varias veces al día, es de unos cuantos kilómetros y no puedo estar visitando Hebrón cada

dos por tres. Recuerdo que el Señor dijo que en todo lugar se podría adorar al Padre en justicia y verdad y pensarlo me consuela que sobre la caverna de Macpelá no eleve al cielo ninguna súplica.

Me interesa mirar por las rendijas que comunican la planta donde estoy de la caverna que está debajo. Me gusta pensar que allá en la oscuridad está el lugar que Abraham compró para enterrar a su muerta y que posteriormente eligió para que fuera también el de su reposo.

Abraham, Sara, Lía, Jacob, Isaac... casi todos reposan allí. Antes de entrar en Belén se encuentra el recinto, con su correspondiente cenotafio en el centro, donde Jacob enterró a su amada Raquel. Vuelvo a Hebrón. El cenotafio dedicado a José, no corresponde con su tumba, situada cerca de Siquem. Allí está, según me dicen, su espíritu. Debe uno llevar una guía donde se detalle el color del tejido que cubre cada uno de los solemnes monumentos funerarios, para saber a quien está dedicado cada uno.

Advierto que no me pronuncio sobre la autenticidad arqueológica de lo que estoy contando, me limito a dar noticia.

Sentía una gran satisfacción cuando antes visitaba la ciudad de Hebrón. De allí era David y allí reinó sobre las tribus del sur durante siete años. Es una población habitada casi continuamente desde épocas prehistóricas. En la actualidad destacaban sus talleres de vidrio artesano soplado y coloreado.

Paseando por la ciudad uno comprueba por sus calles vestigios de diversas culturas. El edificio que domina y da prestigio es el que hasta ahora me he referido. Los grandes bloques calcáreos de la base, son de época herodiana, la característica franja que adorna los bordes en cada borde de sus sillares, lo denota. Por encima de este nivel se levantan muros de época cruzada, que en su interior lucen crucerías góticas. La cultura musulmana ha enriquecido el edificio con minaretes y decoración genuinamente suya, la geometría, el colorido y las lámparas que abundan en todas las mezquitas, lo evidencian.

Para entender urbanísticamente la población, cuyo nombre antiguo era Quiryat-Arbá (ciudad de Arbá) y el edificio del que hablo Al Khalil (el amigo) hay que tener presente las aportaciones de la época de ocupación otomana, la guerra de Crimea, el dominio inglés y las vicisitudes acaecidas a partir de 1948, año del reconocimiento por parte de la ONU de las dos naciones: Israel y Palestina. A partir de entonces se suceden periodos de guerra, de armisticio y de cierta tensa paz. He

de confesar que en mis primeras visitas gozaba de total tranquilidad, espero que, con el tiempo, tal calma vuelva a imperar.

Me gustaba antes meterme por sus estrechas calles oír, oler y ver su original aspecto. Me impresionó una vez contemplar un entierro. Acompañaba al féretro la multitud que empuñaba ramas de palmera muy solemnemente.

Visitar las factorías de vidrio y comprar recuerdos era otra atractiva ocupación.

Son cosas propias de un pasado cercano. Hoy se huele a rivalidad y desconfianza. Judíos y árabes, descendientes de Abraham, y cristianos, hijos de de el que consideramos nuestro padre en la Fe, deberíamos encontrarnos en Hebrón, reunirnos con afecto fraternal. Nada de ello se respira allí.

Deja uno con cierta pena la ciudad, para ir al lugar santo de Mambré. Antiguamente yo decía que 4km separaban los dos sitios, hoy en día creo que todo está ocupado por asentamientos judíos y uno no se da cuenta de las distancias que recorre. Cuesta llegar, no hay indicaciones, ningún letrero. La última vez que estuve, nuestro chofer le preguntó al guardián que qué había allí, que valor tenían las piedras que se encerraban dentro de las vallas y que estos turistas, nosotros, tuvieramos tanto interés en ver. El de las llaves le contestó: me parece que aquí el Profeta edificó una gran mezquita (sic).

Lo primero que sorprende en Mambré es la ausencia de árboles, de encinas, de terebintos o de vegetación de tipo salix, que uno supone debería conservarse. Una sola triste higuera crecía junto a un muro la última vez que estuve. La explanada conserva todavía algún espacio de pavimento en mosaico de época bizantina. El pozo de un ángulo, según parece, es de los tiempos patriarcales. Acotado el terreno por inicios de lo que en tiempos antiguos sería un muro, nada sugiere este terreno, pero se respira la solemnidad del desierto, que allí mismo se inicia.

Por mucho que me esforcé, no escuché el eco de la carcajada de Sara, cuando oyó que de inmediato iniciaría la gestación del soñado heredero, ni distinguí la severa mirada del Señor que no le hizo gracia que la matriarca no le creyese. Tampoco por el camino hacia el este, quedan huellas de los tres misteriosos Caminantes.

Cierra uno los ojos y recuerda la equilibrada representación que de este lugar ha visto, realizada en mosaico en Ravenna, de tonos azulados. Los abre de inmediato y los vuelve cerrar ,pensando en la escena sorprendentemente viva, pintada por Marc Chagall que más de una vez ha visto en el museo del mensaje bíblico de

Cannes. Las dos versiones me encantan, cada una respondiendo a la mentalidad del artista que las ejecutó con maestría. Piensa también que la tradición de las Iglesias Orientales, ve en la escena del Génesis que aconteció aquí, un adelanto de la revelación del misterio de la Santísima Trinidad. ¿Qué pensaría Andrei Rubliov si estuviera ahora visitando esta inhóspita explanada?.

Pese a la dejadez que reina, uno siente que allí Dios quiso ser el confidente de Abraham, no ocultó los buenos proyectos de proporcionarles un hijo a aquel matrimonio anciano, ni ocultarle la tristeza que sentía por las radicales decisiones que iba a poner en práctica, en las pervertidas ciudades de Sodoma y Gomorra.

Por el camino, hemos intentado más de una vez, visitar la iglesia ortodoxa donde dicen conservan todavía la encina bajo la cual acampaba el ilustre beduino, padre de tres grandes actitudes religiosas: judía, musulmana y cristiana. Nunca lo he conseguido, pese a la multitud de timbrazos que hemos dado en el dintel de la puerta.

A la vuelta de Hebrón se pasa, si uno quiere todavía más alimento espiritual, por el convento del Hortus conclusus. En honor del texto del Cantar y atribuido, o trasportado mentalmente, a Santa María. Siente uno la satisfacción de encontrarse allí a monjas de procedencia latino americana, que nos reciben alegre y acogedoramente y, sin pagar entrada, nos enseñan la iglesia y su entorno. Hablo del último viaje, que en las otras ocasiones, no nos habíamos detenido.

Antes de llegar a Belén puede uno ver la conducción de agua que, desde las "piletas de Salomón", inmensos depósitos, mini pantanos los llamaríamos, conducía el líquido elemento a Jerusalén. Son tubos de piedra de gran calibre, muy bien empalmados uno en otro, a semejanza de los que hoy se fabrican, con cemento o materiales plásticos.